

LEONOR GARCIA HERNANDO

LA ENAGUA CUELGA  
DE UN CLAVO EN LA PARED



EDICIONES  
Último Reino

LEONOR GARCÍA HERNANDO

LA ENAGUA CUELGA  
DE UN CLAVO EN LA PARED

© 1993, Leonor García Hernando

© 1993, Impreso en la Republica Argentina.



LA ENAGUA CUELGA DE UN CLAVO EN LA PARED

*La puerta del hotel sonríe horriblemente  
Qué puede hacerme oh mamá*

GUILLAUME APOLLINAIRE

años sin estremecimientos sin novedad en las sienes la voz lacónica  
repitiendo: estoy cansada, estoy cansada  
no perdono tu casamiento vestida con adornos morados con capucha  
tus piernas los tobillos cortados sangre en una alfombra de dibujos  
chinos  
no perdono ese auto de carrocería gris; al sacudir el pavimento del corazón  
arroja sus faros de luz blanca en la pobre avenida sin brisas, sin amantes.

¿La lujuria es esta luz blanca de los faros errando en un pavimento desolado?

Ya está. El tren pasó. Ese hombre parado en el andén de madera y polvo con su saco de tweed, sus altas botas ganadas en algún juego de cartas esta vez perdió

el tren

se aleja paralelo a la ruta donde los faros inflaman sus blancas esquirlas en un pavimento vaciado.

Un hombre perdió el tren. Para siempre algo parecido a la gloria, a la confusión, la desgracia se retiran con un sonido de mobiliario que la pasión desprende de los intersticios y arroja sobre unos ojos que miran locamente.

Un hombre perdió un tren. El lugar señalado no será tocado por su lengua algo de la materia eterna no será nunca porque ese hombre perdió los tristes asientos de un vagón que se estira en la noche poseen el rencor de lo olvidado por ese hombre

que fuma sorprendido por la espuma negra del tren que espantado en la noche reparte otro juego

otra caída de los dados en la mesa que fantástica permanece.

Con decoro el hombre mira sus uñas se sabe un perdedor no dudaría en matar si el crimen le devolviese el alma poderosa de los que aún no han gemido en una habitación desecha

pero permanece patético envuelto en su saco de un gris sacudido la intemperie está en un andén que no consuela el tren ya se fue en la llanura su silbo hiere un aire sucio de vellones y cardos

el mar permanece adherido a la costa como la mano de un enfermo a su amante. Lo deplorable de un paisaje emerge cuando la fiebre, como una linterna, arroja su encendida línea en la frente. El hombre ha visto: el paladar negro de la

patagonia

boca que la noche abre para morder,

para que los trenes se vayan.

mujer rebosante en un vestido verde · de rostro depravado  
por indecibles crímenes y yo junto a su carne, arrojada a esa  
zona que un hombre marca como la piedra incrustada en la  
frente de una hindú. Del paisaje sus bordes donde la  
gangrena huele como un perro no vale la pena recordar  
cuando al mundo me trajo mi madre  
hundirse con una navaja en el bolsillo y evocar  
del paisaje su desastre  
la dura piel de caballo en las sienes  
el muñón insomne que late.

el mundo se desmorona en inestables pétalos  
de aroma oscuro.

Estos trapos    estos adornos que se aprietan con tan poco calor  
esta ilusión de flores dispersas, flotantes en un estanque de aguas sombrías  
estos adornos digo para mí, para mi corazón    perro que olfatea las  
galochas del muerto

esta ilusión de belleza en el desastre    vía atravesada por un infante de  
rojos cabellos terribles (el infante espera su tren, su máquina negra    su  
triunfo) esa ilusión digo a mi corazón, a mi memoria    ópalo sensible a la  
fugacidad de los cadáveres

ese deterioro    palabras    zona donde los idiotas mueven sus cuadernos



Nadie quiere a nadie. Sólo sombras líquidas se mueven en el aire sucio.

La pasión es la altura y la enfermedad.

El cómico ha dejado su copa en la baranda peligrosa. La noche es arqueada como un pétalo sobre las ventanas iluminadas.

La noche es de estrellas carnívoras.

Qué amor nos tocará la frente ácida? las paredes son desdichadas y con musgo en el hotel donde persisto la fiebre es alta como una adolescente con las ropas azules y mojadas. Con un alfiler podría atrapar esa mariposa; se desliza en la luz del foco que cae como una lágrima entre la pestaña de los cables.

Con un alfiler insistiría en su corazón.

extraño animal, me devoro a mí misma  
como mis pies con lentísimo hambre como mis pobres  
encías blancas y secas; encías que son un puñado de sal  
arrojadas a un balde nos comprometemos. Memoria de La  
Devorada La de Boca Estúpida La Probable Leonor  
escucha a Manzanero cantar “somos novios” y llora contra una pared blanca  
manchada de moscas muertas vigilo un rostro a través de los gajos de una  
begonia: no conozco dignidad  
¿cuántos centímetros de celuloide se podrían cubrir con mi  
mano que despide? Adiós, adiós soy la que se retira sin experiencia del  
desastre.

descalza

miro el desprendimiento de la cal en un pasillo que la humedad deshace

No me había retirado ayer del olor a malezas  
no había pedido crímenes sobre mi garganta. ¿Por qué estoy detenida  
entonces, con una camisa casta, en un pasillo donde los ángulos se  
distorsionan se fueron en una rejilla de pálido bronce?

voy a llorar a los gritos si alguien no trae un plato de  
almendras hasta mi cama qué sentido tiene esta música, este pasillo que  
suena sin almendras goteando?

Sencilla baranda del puente que me sostiene sobre el agua turbia  
pequeña baranda que el óxido ulcera sobre aguas prohibidas puente  
delicado para mis piernas semi-ocultas por el camisón en las agallas  
donde el llanto respira con mi apariencia de muchacha enferma tablón  
clavado a un hierro perdido: sólo te encuentran mis dedos con sueño  
puente para inclinarte en mí como sobre otra agua  
y mirarme pasar en un pasillo donde las paredes se descomponen.

En mi mano late la única almendra de la luz de una vela el aire se  
contrae como un escarabajo que alguien roza con un fósforo  
los postigos aprietan un cuarto que está más allá de mi destino  
mis uñas contra la cal de un muro que se ausenta  
va a sacudirme el recuerdo de una cabeza de pescado hirviendo en una olla  
de enlozado azul.

Sólo ayer tocaba jazmines y un humo blanco me completaba como el  
humo que un fumador arroja en una botella  
no me retiraba ayer del olor a malezas no tenía las rodillas  
rotas.

lisas, remotas y grises. Paredes del desierto.

Mi cuerpo está solo salpicado de delgados pétalos rojos. El verano es un tulipán abierto en mi mano, un cadáver y de su herida ya no mana sangre.

La casa no tiene circulación; en las tuberías no hay agua ni luz es una casa vaciada los pisos han sido pulidos y esterilizados como una tijera quirúrgica.

La cama de mi hermano -ya insignificante ceniza- está cubierta de un plástico transparente y las sábanas se mueven agitadas como la garganta del muchacho bajo una carpa de oxígeno.

Todo se repliega. Todo se hunde. Son perlas que absorbe una rejilla sillones como elefantes de seda, ventanas clausuradas, las cortinas espesas, frascos luciendo como ojos en los estantes todo se desliza entre paredes malsanas.

Quiero contener esta visión del desierto en mi boca que no habla. La casa es polvo y oscuridad, trémula inclinación de arena brillante, el cielo negro peligroso, la pluma de la luna que el Simún empuja.

Han hundido un puñado de algodón en mi boca ajustan plateadas agujas que prometen alivio. Estoy sola y los lunares crecen rápidamente en mi espalda.

El aire es de vendas, de gasa empapada en vinagre.

Yo tuve en esta casa un sueño, un deseo de adolescente que se quema en un sótano. La placa negra del disco giraba suavemente con extrañas palabras cargadas de consuelo y de destino.

A la hora del té en el barranco de paredes de arena fui desgraciada. Las piernas de mi madre eran blancas y tensas con venas que se perdían en el camión. En la casa los crímenes se cometían con delicado veneno

nunca hubo manchas de sangre

en los dedos tenía jalea ácida y vergüenza bebía de una taza blanca con pequeñas rosas grabadas y el té se movía allí como sobre la superficie de una lápida

en mis ojos -como el fondo de una trampa arde la presa- había una herida.

Estoy sola y desnuda la arena me toca con rápidas uñas calientes tras la puerta está el mar,

las luces fantásticas,  
los hombres marcados contra las locomotoras tienen boca de humo  
sola en el verano desnuda en el calor horrible los párpados como  
mariposas agotadas, no puedo alzarlos el hocico negro de una loba aúlla  
entre mis muslos sin ventilación  
mi cuello tiembla en el desierto una única tienda una bandada de  
avispas se desliza en la noche. Es inquietante el sonido de sus alas de mica  
alzándose y decreciendo en la oscuridad  
es inquietante el sonido del corazón latiendo entre muebles vendados un  
cuerpo se refleja en las porcelanas del té, en el verano, entre sus pobres  
labios calientes.

En el atardecer los barcos mueven algas rojas y un deseo de países los  
estremece.

contra mi vientre escucho los sollozos tengo 17 años tengo ojos  
palúdicos soy descalza y húmeda entre los escalones de piedra en el  
sótano. Como una carta comprometedor no termino de arder.

La casa tiene este punto de concentración: la escalera que baja a un  
campo vaciado. Estoy allí absorta y desnuda. Silenciosas lágrimas la  
menstruación recorre mis tobillos mordidos

Las avispas abandonan el paisaje.

suave anillo hundiéndose en una pileta la  
tristeza llega al musgo del corazón animal encogido, sus  
ojos brillosos y sin párpados al fondo de un pozo.

En la ilusión de una naturaleza sin asperezas, el corazón se detiene y  
brilla

después las cicatrices serán flojas. Tiernas costuras rosadas tendrán las  
piernas desnudas de todo placer, de tacto.

El alma está llena de agujeros.

Heridos en zonas transparentes: las aguas de la intimidad, los mundos  
sutiles se deslizan con inestables raspaduras de escarabajo

¿y si el día que comenzará mañana fuese aún más escaso,  
más violenta esa luz qué aprieta las maderas de la ventana?

piel de un batracio que el sol quema corazón

Una foto recuerda sus ojos acaso fugaces entre la caída de los párpados.

Impregnadas de quietud las hojas de una magnolia dan sombra al rostro.  
Un perfume de abismo sacude la escena donde un rostro en lo oscuro  
(frente como un canal helado donde un barco está fijo; pómulos altos entre  
los que la nariz impide un efecto de belleza) un rostro en lo oscuro  
(lloraba antes, cuando el dolor todavía no era cal en mi pecho) un rostro  
sostiene el secreto de su mal;  
hace un destino.

Así, el amante tuerto mueve su boca de dos labios sus dedos acostumbrados a interrumpir las conversaciones mueve sus lentes preparados para ampliar los muslos de las mujeres.

El amante está seguro de su rara belleza de cómo cae la luz iluminando el ojo sano.

El amante cortará mi corazón en pequeños trozos y con él alimentará a su gato.



He tenido el terror de los bichos humildes en la tormenta.  
Me mortificó la duda. Me mortificaron los grandes helechos ponzoñosos,  
los ojos de las modistas, las palabras habladas en la boca de mi madre.

La duda comió de mi corazón como un chino inclinado sobre su arroz cocido.

El deseo vino con un peso de barco que divide las aguas y termina siendo sólo veneno blanco cae en gotas de un raro espesor.

La boca agrandada por el deseo como por trazos de carmín y los ojos agrandados por la lectura.

Eso es todo.

Una mujer se quita las ropas. Inclina su cabeza desnuda sobre el desnudo  
sonido de su corazón.

Dolor necesita una mujer para sentir cómo se escurren las ropas sobre sus  
nalgas. La sala donde el corazón no late está sobre su carne. Los puentes  
invaden la oscuridad con sus animales lastimados y las hendiduras del  
hierro que un viento fino mece

ropas del dolor chales impregnados del muérdago en que  
se arrastraron

pálida membrana de luz desde esa alta ventana entra al cuarto donde el  
corazón, sin sonido, permanece quieto.

Cuánta fuerza para alzar los párpados y luego la ropa oscura adherida como  
un líquen a la piedra del corazón

moluscos ropas dolor oscuro venenosas algas sobre el cachalote que  
cruza las aguas frías corazón liviano como una cesta corazón  
monstruoso como la sospecha túnel piedra de aceite negro cachalote  
corazón enemistado vienes a la superficie, a la página que el pudor  
mantiene blanca; sueltas tu chorro de aguas del abismo y te vas para  
hundirte.

La palabra está prensada a la carne  
la palabra no tiembla, no respira sin el deslizamiento de la piel sin la  
cámara de agua donde los ojos miran.

El estupor mueve su pez obsesivo en la pecera transparente.  
Atravesada por el oleaje la palabra no tiene costa la transparencia  
asfixia sin palpitaciones es su cuello.

La palabra está hecha de carne de infinita desgracia del maullido de las  
uñas en la pizarra de un rostro.

Saliva de lo callado. La que no habló y tiene muñones, tiene dientes, con  
una cara blanca está; los ojos alzados a un muro durísimo, que no perdona  
palabra de lentos nervios amueblada de amores sombríos de perfumes  
que se recuerdan insectos como bujías mínimas  
ese paisaje sobre el que respiro como una bestia gravemente herida en la  
garganta

esa palabra me devora impresa en mi frente hecha al contacto de  
tejidos sospechosos sonrío con mi risa que ayuna, que da pena.

La palabra llora con su pobre boca salada con labios exasperados,  
profundos con inasibles flores en un vestido azul  
su delicadeza no tiene playa.

Su espinazo de pez perdido brilla como un fósforo en el interior de los  
“pequeños hoteles”.

ovillada gata evadida musgo que la  
humedad imprime en las cucharas de plata  
no dormiré.

Mi gargantá tiene pequeños quejidos de quien mira pasar un cordón azul  
no dormiré

caminaré en círculos el corazón del amante.

Sólo necesito las noches de una estación.

Cuando el agua de las piscinas sea calma,  
cuando los cuerpos sean soleados y duerman en la hierba  
alta

me esconderé entre pizarras

el amante sabrá que en los techos anda su gata nerviosa.

Rencorosa, no dormiré. Soy la sospecha del amante la rota enagua que  
pasea en los parques la espuma de una boca que pidió y no le dieron  
gatita sucia quito mis lágrimas con las uñas como quien aparta un  
escarabajo misterioso y de alas plateadas

ambulatoria los labios untados de rabioso carmín no tendré deseo no  
tendré ropa en los pasillos mi piel será venenosa como la piel del  
leproso la cicatriz de un mueble me conmoverá y arrastraré allí la lengua  
áspera

gata de párpados dolorosos

la noche se estira es un largo andén con camas de hierro blanco  
encalladas en la oscuridad. Esta noche es arena escurriéndose en una  
alcantarilla

seducida por el encanto de los objetos abandonados: sábanas húmedas, la  
carta de una enamorada en un escalón de piedra, un canasto con un cachorro  
muerto, una muñeca sin piernas

esa naturaleza me agita y me da belleza

eso encuentra una gata al pasear en círculos sobre el corazón del amante  
con pies descalzos en el parque, frente a las puertas iluminadas de los  
Grandes Hoteles.

Un auto brilla y desaparece en la pendiente de asfalto crudo.

Un adolescente brilla y desaparece entre los árboles como entre los dedos de un guante.

Rápidas se mueven las hamacas en el aire ácido.

El amante no acaricia no me apacigua pero es hábil y perfumado.

El amante tendrá una mirada de conocimiento el día de mi asesinato.

Es la grieta de una pared la que miro hace días. Lentos insectos blancos duermen en un ángulo más oscuro y más húmedo. La pared parece hecha para que apoye en ella mi frente y duerma (pañó frío de cal sobre los labios)

“pobres mujercitas, pobres chicas abandonadas”

es el único viento que silba en nuestros corazones

silba entre las persianas flojas de nuestras cabecitas desatinadas

-una mano venía por el aire para golpear mi oído silencio  
desprende veneno una cápsula rota

el pequeño strass que adornaba mi oreja estalló

polen que brilla en las maderas del suelo

ahora la visión de unas manos con uñas cuadradas

nos da taquicardia

mujercitas siempre tensas continuando la línea de unos tacos negros

siempre perfumadas de aburrimiento y de pasión

de nuca desnudas

de nuca embalsamadas por el aire que devuelven las enaguas

mujercitas del sur con una mirada que insiste hacia las estrellas frías

de dedos mojados en ungüentos en fósforo

mujercitas perdidas en su musitar palabras improbables

pesadilla / perfume

y después la cámara

sigue la caída de un pétalo desde los balcones de piedra.

¡qué tonto es todo lo que hicimos!

¡qué fastidioso el espiar de nuestras madres sobre nuestro corazón! así miran las modistas la casa incendiada, la casa muerta de ceniza incrustada en el pasaje estrecho de una ciudad moribunda

qué mal hicimos todo la torpeza de nuestros dedos en el cuaderno enfermo, en la batista de cursis bordados ¿qué falta no absorbieron nuestras manos decaídas y pálidas? abrimos la llave del gas, los frascos, las puertas de las terrazas y desalentadas vamos a ducharnos sin honor ¿cuándo seremos heroicas cuándo ahorcarnos con un cable cuándo provocaremos un temblor?

mujercitas mujercitas

ni putitas ni niñas ni madonas

el humo arrancado a las agujas de pino, ése el calor de nuestras miradas sobre los lentos objetos, las piernas de los hombres y los animales mutilados. El hambre de bondad nos hace estremecer en lo oscuro; el hambre de palabras plácidas palabras calmantes como una capucha para nuestras nuca volcadas como flores que ya no pueden sostenerse en un jarro.

Un ruido de cortezas, de uñas cortadas, caen en el estaño de un jarro  
pequeñas cápsulas de agua son absorbidas por los techos altísimos  
boca de pez incrustada en el aire pálida lengua ¡oh lluvia! con abrasivo  
contacto pules la rejilla donde la ciudad deja florecer como esperma sus  
niños sombríos  
agua nocturna agua del sufrimiento  
delgado pie de enferma mueve los pedales de un triciclo horriblemente  
próximo a los insectos de los sueños  
agua cavada carne ambigua de los que van a ser lastimados y devueltos a  
una sábana  
el alquitrán de las miradas se estira como dedos lanzados hacia un objeto  
sin persistencia en las mesas laqueadas desgraciados y fijos con los pliegues  
de la falda negra. Mis piernas son secretas y de noche  
trapo olvidado sobre un mostrador fantástico  
estoy como se puede estar en la pesadilla de un friolento vaciada como una  
cancerosa que desea bajo la luna.

La luz hambrienta quiebra el paisaje. Así, en la zona de un crimen queda  
un cuchillo que brilla  
la belleza supone vestigios heridas  
en la intemperie alguien me romperá la cara porque no quise comprarle una  
cerveza  
alguien pedirá mis hombros desnudos, perdidos entre leves manchas solares  
alguien desatará la trenza que viva se retuerce como una medusa en la  
espalda estancada.  
La pasión no consume estas tablas estas paredes de invernadero.

paredes en la tormenta, agrias de cenizas, de túneles  
paredes cóncavas de las cúpulas, de las cámaras ciegas paredes selladas,  
con puñados de cal sobre los muertos paredes pobrísimas herméticas  
con encajes de hiedra venenosa con tuberías donde el sollozo sopla  
tapiadas duras paredes con moscas paredes sin ventilación, sin deseo



con una enagua que cuelga de un clavo en la pared.

En los parques las muchachas son de mármol y en sus dedos remotos caen las libélulas calcinadas.

El calor un sentimiento frenético de opresión, de basura sofocada en un balde, taconeando como una mujer abyecta en una tarima azul.

El escarabajo se desliza en el mantel (flores amargas de un mantel que huele a pantano) ese pequeño escarabajo nada sabe de mí de la que va a asesinarlo cuando alcance otro pétalo.

Los lunares crecen en las tablas de la biblioteca. Mis manos se acercan llevan delgados trozos de lienzo, vendas de un feo color amarillo

¿dónde estaba yo ayer cuando anochece sino en una cocina y rozaba secas hojas de laurel?

¿era un ciervo y me alimentaba de brotes?

Todo es confuso como el paisaje que miraba mi madre tras la botella de pisco que mi padre trajo del Perú. Había escuchado tiros y en la calle de piedra un hombre yacía sin memoria.

¿dónde estuve ayer cuando anochece?

Tras un enrejado de madera, los jugadores de billar untan sus tacos con tiza presienten una línea de agua en el paño de amargo verde el dolor tiene la inclinación de esos hombres sobre el tapete infinito.

Lienzos telones sábanas, todas telas húmedas todo impregnado de un contacto palúdico.

Somos hermosos contra las tazas de un té frío que nadie bebe, que no refleja ningún cielo ángeles depravados, emperrados en recordar la ilusión que tuvimos en nosotros

¿dónde cuando anochece mi cabeza era torpe?

¿dónde estuve que ya no lloro contra las empalizadas?

del pantano recuerdo su olor a intemperie, a víboras ¿pero quién fui con las piernas sucias de barro, con enaguas, puntillas impregnadas el rostro sin manchar, sin las verrugas que pone la desobediencia en los labios?

El porvenir siempre te hunde un trapo en la boca.

Una avioneta pasa rasante sobre un campo de sal y escarabajos.

Las secas hojas de laurel, su olor oscuro, tienen una verdad que me calma. No tengo sino esta evidencia: mi vida doméstica, de hábitos pequeños, de desazón

¿pero quién fui en un pantano antiguo?; como una estatua rota

recuerdo de mí otras zonas, otra plenitud.

En el vidrio de una ventana los paisajes se transparentan y reflejan: una avenida de pobres árboles, un interior de billares y lámparas, un rostro no termina de borrarse.

Vuelvo al pantano otra vez mi cuerpo era pequeño,  
los objetos y astillas de una extraña inmensidad y más remotas las  
paredes en las habitaciones, los techos altísimos como ya no lo  
serían y en el fondo de todo lo raro; en el abismo en que un niño  
espera la verdad  
en el plano encerado en que un niño mira el movimiento de las  
arañas y de los mástiles, yo  
amaba un pantano  
otra vez los pies desnudos en el agua que oprime agua espesa de víboras  
y musgo agua que tiene la oscuridad de la infancia oscuridad de las  
palabras que entonces aprendí. Pequeño tabique, te abres o cierras sólo para  
mí; desprendes secreta, linterna rota, tu penumbra de símbolos  
cajón cajón de manzanas cajón de herramientas cajón de muerto  
cajón de cubiertos (cuchillos en el cajón brillando fantásticos de valor y de  
crímenes) cajón de escritorio ¿ahí las marcas, las cicatrices? cajón de  
la cómoda con toallas, con vendas, con cabezas con ojos de muñecas  
cercenadas antiguas cajón cajón de remedios con olor a intemperie, a  
enfermedad  
y el agua encajonada pantano

Las blusas brillan con un frenesí de luz reflejo de plantas acuáticas  
engaños  
sólo el temblor de los brotes bajo la brisa,  
sólo sacudimientos como de pudor  
infancia por qué un niño entierra su pie en lo que brilla?  
por qué un niño es el convaleciente que mira, tras el vidrio, el  
parque de invierno?  
bajo el verde plácido de musgo, el agua latía caliente y oscura como un  
animal  
zona de las mutaciones aguas sin agitación flores que contrae la  
desdicha pantano  
otra vez mis pies desnudos en ti como sobre la boca del amado, sin  
respiración los pies hundidos en una boca sin lenguaje  
pantano ¿qué otro amor? ¿hay otro amor?

la belleza es ambigua

cuando la corrupción es suntuosa y tiene encajonada la vida y la muerte  
pantano ¿no eras bello?

las palabras aprietan el corazón;

sus felpas afiebran las mesas donde los dedos insisten infectados.

Cada boca florece como un estandarte maravillado iguales aproximaciones se tantean, siguen sus olores como perros de pelaje roto.

Es vastísima la continuidad de los objetos.

Por un perdón ¿qué daré? ¿qué bragueta deberá lustrar mi lengua de pájaro que vuelca una pequeña botella de aceite?

Siempre he perdido mi oportunidad entre eucaliptus entre magnolias crecidas con labios vendados entre plantas de membrillo

he perdido mi oportunidad en los pasillos untados de dura hiedra

los dientes contraídos como una devorada

la pasión era rondar los bares mucho tiempo bares iluminados como iglesias y la gente entraba y salía de los rezos. Yo era una muñeca pretérita; pestañas pintadas en la loza, rubor, perlas en la garganta

en un pequeño hall con sillones de cuero, la lámpara tras ellos como un ínfimo cuarto de lectura; uno imaginaba pronto el calor, una suave convalecencia

en esa puerta ¿sería pálida? ¿sería de rectas piernas? ¿sería como un animal hundido en su herida? ¿sería maravillosa para otro que no comprendiera?

en un avión que despegaba viendo de una ciudad su pequeño dibujo rosado y gris, los labios dibujados por un lápiz de aceitoso veneno ¿he palidecido bajo los focos?

¿y después qué?

háblame con voz ronca.

Dime que los ojos humanos son cretinos con una lenta aproximación al homicidio siempre

habla con voz ronca

dí sobre mi rostro que toda apariencia es insignificante

retocemos sobre sábanas que parecen pasto mordido por toros

aquí tengo un lugar en esta impureza entre la boca abierta de los

animales en el mercado sucio

*ábranme, esta puerta a la que golpeo llorando*

las palabras aprietan el corazón

inmensa y frágil es la lluvia    almorcemos de este momento muerto de los  
cuerpos, encerrados en una cámara corrompida

háblame con voz ronca

háblame como si bailara un vals. Mira cómo se arruina el brillo de las  
estrellas

mira esa mujer con un vestido verde y boca donde el mal sonríe

mira esa tijera disuelta entre corpiños con sus ganchos rotos y sobre todo  
habla con voz ronca    si hablara tu emoción y cayeran sus trozos de lana de  
vidrio

sufriendo    al ver mi rostro agudo de pájaro que se demora en un imán y  
alfileres moviéndose mágicamente en un plato blanco

como precipitándote en la verdad, en su boca de cachorro. Siempre he  
perdido mi oportunidad.

En el corredor un tocadiscos deja escuchar la risa nerviosa de las mujeres  
que piden calmantes píldoras rojas.

Pedazos de una fiesta son arrancados como muelas de los manteles. La  
naturaleza es precaria, móvil, porosa.

La sospecha crece entre las baldosas de un patio eterno

háblame con voz ronca    como agua sucia de pantano, con bandadas de  
mosquitos sobrevolando flores malsanas    con esa voz de páramo habla, un  
lagarto blanco se retuerce    con esa voz de besado por la peste, de  
iluminado en una celda cuando tus dedos tocan un banco de asfalto

habla con ese paisaje roto    con esa mutilación que nos ha hecho torpes,  
nos ha construido una boca viciosa.

Todo es insignificante: el abrazo que sostiene a los desesperados y el  
precio de las mujeres que los hombres estiman en 10 dólares. El ópalo de  
las uñas crece; en ese resquicio escapa la oportunidad como un vapor.

Háblame, aliméntame de palabras soeces, de interrupciones verás pronto en  
mi rostro aparecer el gesto inconfundible de los idiotas

estropeada como un reloj atendido por un niño

estoy clarividente

doblada sobre mis rodillas como cuando se sufre en una cúpula

cuando te calma del calor un abanico de plumas negras y recuerdas de la pradera su olor a palabras

háblame con voz ronca, con el deterioro de esta estación, con la derrota

este rostro de los que esperamos el turno de la lobotomía

un buen momento para gozar nuestro olor a carne háblame con impurezas

mira el crecimiento de las botellas

mira esas bocas prensadas a un muslo aislado de toda emoción

mira los párpados dolorosos de los confinados en este otoño, rápido piano

tocando jazz sobre nuestras espaldas desprovistas y tócame háblame con

la voz del que muerde los tobillos de una muchacha renga del que

manipula órganos en un almacén y sonríe con una boca sin lengua, sin

intención

pídeme que abandone la respiración que no advierta y todo se interrumpa

bruscamente

por fin la ventilación como un ala de murciélago golpea la frente del

asomado a un ventanal furioso los iniciados a los perdidos en las calles

con olor a perros, concupiscencia en el tajo de las polleras y hambre

siempre con las aletas de la nariz dilatadas recordando un perfume que se

ha ido de los objetos

háblame con voz ronca

como perdiendo definitivamente el tiempo si tocases del desencanto sus

pobres aullidos

y mírame siempre estúpida contra una pared que se borra con un vestido de

lunares violetas mírame como se mira un fósforo frío, que no tuvo

ocasión

he perdido mi oportunidad mis medias caladas mis animales domésticos

el roto espasmo de las estrellas no se distingue he perdido la agitación con

que miraba la herida de mi madre

el áspero ruido con que el agua empapa ropas caídas

con voz ronca, con marcas en el papel, con guantes en las manos

tócame háblame aliméntame

como a una huérfana, como a un insecto que camina siempre la misma tabla

de tu cuarto



como a uno que durmió abrazado a sus zapatillas, a los tristes sonidos de su corazón y el mar era improbable, el viento apartando ramas de sauce la luna que se observa desde una escollera era improbable

la única verdad era esa realidad devastada

háblame con voz ronca aquí nadamos en esta piscina de aguas ácidas  
aquí nos distraemos

has cortado la concha de Rita Hayworth para tirarla entre mis sábanas;  
ahora brilla como un enrojecido ojo de conejo aquí hay fiesta, música que todos cantan, bebidas que caen en las ropas ardientes

por un perdón ¿qué daré? la ironía nos deja en el balcón helado, siempre lejos de la fiesta ¿qué daré?

Estoy suavizada por boleros que no tienen abrazos,  
boleros atroces que no tienen símbolos.

LA MUERTE ARGENTINA

*Como si morir a balazos  
fuera el mejor juego bajo el sol.*

W. B. Yeats

el mal, como un ala de murciélago, vino a rozar nuestras rodillas. Estábamos en el balcón; en la noche mirábamos la oscuridad, el grisado verde de un álamo contra la tormenta.

La Fiesta hace años terminó.  
Con la respiración detenida, en las tinieblas miramos el árbol  
el mal nos corrigió las rodillas  
hizo de nosotros esa historia.

## **Años**

He perdido. Hemos perdido y llorado al fondo de los gallineros.

No hay más consuelo que estas plumas, estas aves de corral mirándonos compasivas.

La mujer sufre con su boca pálida abierta sobre el mantel. Ayer murió su padre.

Una suave vegetación de luces ilumina la habitación donde una mujer se agita lastimosa

qué temblor, qué vaga desconfianza anima ese rostro perseguido por un dolor que insiste como música hecha de tristes notas monótonas?

El final afilado de los ojos parece extenderse en risa o furia tal vez piedad infinita por ese perro rengo que cruza el patio ruinoso.

Una enredadera se desprende de los muros sin aire.

Los ojos arrastran ese paisaje malvado buscan trémulos un objeto más bello donde los ojos puedan distraerse y llorar

«Abandonar es separarse de un objeto con el cual se tienen relaciones de interés, de afecto, de protección o de deber. Abandonar es dejar para siempre»

Tango - saco oscuro y cruzado - revólver en la cintura - mi padre.

*un bello poema, hecho con los peores sentimientos.*

GRACIELA CAJARAVILLE

## I

así es la fiebre: franja que resbala en un vidrio.

Respondo a las frecuentes preguntas: dónde queda tu corazón? dónde tu lunar sobre el pecho?

Nadie mira la fiebre escurrirse. Estoy cubierta de palabras a veces una tumba se cubre por hojas por qué evoco esa decoración cuando me nombro? por qué la insistencia?

La fiebre con su desdén me ha puesto pálida me ha puesto anteojos azules. Ahora todas las cosas tienen la consistencia del humo.

La enfermedad es un trozo de paisaje el redondo paisaje que brilla en el fondo de un tubo de papel dorado.

He deseado para mí el aire que sacude las altas ramas de los eucaliptus; la tensión de una piedra bajo el peso de las aguas frías pero no puedo sostener esas palabras, no puedo descansar.

Contesto a las frecuentes preguntas: dónde queda tu chiquilla que come uvas y ríe? dónde las escamas de tus párpados cuando fingían? dónde un puente de hierro con un tren que a veces nombras?

la fiebre, el desencanto; sus mordeduras en los tobillos nadie ve

pedía un almuerzo sobre el parque, un mantel tirado en la gramilla, breves tazas donde el té se inclina como un pequeño mar. Los blancos brotes de hierba se inquietan sobre la superficie de cadáveres

ellos están melancólicos. Recuerdan todavía el sonido mortificante de una bisagra alejada de los aceites, el calor, los mosquitos de las ciénagas.

Quisiera poseer el arte de desagradar *los hombres no merecen mirar nada bello*

ser la voz de un testigo furioso un rostro que da inquietud en la penumbra.

## II

Miro esos adolescentes con cuerpos inmóviles en la música. Algo de su fina edad se derrama en las mesas, algo perturbador y analgésico.

La música desborda en los vasos espuma ácida, se extiende en mis manos que son fragmentos.

Un insecto consume esas secas maderas que se oprimen en un rincón. Pensar es un esfuerzo morboso; conocer esa gargantas transparentes atravesadas por una navaja ...déjalos tranquilos, Leonor. Son adolescentes. Tienen humor y fatiga. Tienen desprecio sus cabezas como focos que titilan se mueven en el sonido de la intemperie. La música brilla su aguja derrama una gota de morfina déjalos con sus miradas glotonas aproximarse lentamente a los objetos de vidrio.

Esos delicados pétalos con que están hechos sus corazones no resisten el menor ultraje; arderán rápidamente como un fósforo y las cenizas colmarán sus bocas abiertas.

Conozco sus animales domésticos. Son extraños: siempre garzas, peces del trópico, pequeños y criminales, o un gato tuerto.

El tedio deambula por sus palabras como alguien perdido entre pasillos alguien que no sabe regresar un mínimo roce los vuelve despiadados un mínimo roce los desnuda.

Contesto a las frecuentes preguntas: y en esa mesa terrible te inclinas? en ese lugar de placas fundidas? escribes para darnos miedo?

Puedo extraer de los párpados de los cretinos alguna certeza.

Puedo contemplar las débiles excavaciones de los escarabajos y comprender pero ¿qué sé de estos seres intensos, estos jóvenes cursis que se mutilan en las cervecerías?

El aire que devuelven sus pulmones es siempre sospechoso; uno sabe que avanzan hacia zonas de la ciudad venenosa

una espina les atraviesa el pie delgado y blanco. Volverán con la pierna engangrenada a convalecer en los hospicios; las sábanas los sofocarán y será de noche.

Hay luces en este interior de maderas negras, hay macetas de tierra con helechos gigantes. Ahí están con sus pelos lacios caídos sobre la frente animalitos de guantes negros, anillos de metal blanco se estremecen en sus dedos opacos ahí están partiendo una botella y acechando el estómago de los próximos

son bellos y tristes

con la belleza malvada de las joyas inútiles

magníficos como un pájaro devorador; magníficos siempre hasta que una bengala golpee sus ojos audaces, de párpados sonámbulos, de párpados translúcidos. Yo me impregno de ellos como un mantel de gotas de sidra ·

toco sus emanaciones      sus sonrisas que no tienen vértigo; sólo un ansia de morder, de enterarse

Ya se enterarán -y con qué rencor lo digo- ya advertirán todo olvidarán los cabellos en una trenza remota, perdida en una espalda cada vez más delgada

cada vez más arqueados serán sus labios y la desdicha triunfará como triunfa una piedra al caer en el agua tranquila.

No me vengan con macanas;  
un bote de goma mueve a los adolescentes en el agua narcótica de los bares pero la vida es otra cosa    la vida es atroz, se ensaña  
los ojos siempre relucen, pero ahora es fiebre y un deseo de demolición.  
En sórdidas recámaras, las balas melancólicas recuerdan sus contactos con los húmedos, desesperados cerebros de los adolescentes.

¿Quién me quita las palabras como se retiran las flores marchitas? Ven a mí, ven pasajero. Te llevaré entre los infantes sin rozarlos    apartando las magnolias negras de sus cabellos pesados.

La muerte nunca es tan completa como cuando interrumpe a un adolescente que toma soberbio su cerveza

ese instante tiene el sonido de un ala de pájaro sin pájaro.



Las agujas brillan entre los dedos ácidos de los sastres. Fuegos de kermesse estallan en la noche. Hay muchachas asesinadas y en sus cuellos gira, como un disco, un corpiño negro.

*una casa no es un hogar*

a Sarah Vaughan

la sombra negra de un árbol cae sobre la ventana    siento el alivio que da el  
temor.

sobre la vereda una mesa roja persiste como mancha de sangre.  
Me inclino en el calor de un verano que corrompe.

En pequeñas camionetas son retirados los muebles  
nada es perdonado: colchones con manchas antiguas, íntimas, son paseados  
en la luz

Se dejan atrás casas que parecen pesadillas; la tragedia jadea entre paredes  
de papel comido por el resplandor

uno duda de si en casas así algo bueno nos ha quedado en el corazón; si no  
es sólo sopor nuestro pecho hundido.

Soy una entre los ofendidos  
los que envuelven sus muebles con sábanas    una rejilla mezclada con orín  
y cabellos

por las noches sueño con muebles    son muebles altos y difíciles    pierden  
cajones    los adolescentes pierden sus piernas arrancadas por las motos  
como una baba escapan papeles y en los muebles quedan las hendiduras  
negras de lo que falta;

son la boca que un lastimado no sabe oprimir.

Una casa es un lugar donde reponerse de la muerte  
del deseo feroz: que una estrecha bengala nos rompa la frente.

el corazón un pequeño farol con su aceite inestable  
somos los inquilinos  
pagamos por un cuarto y una ventana que dé sobre los árboles.

almacén abrumado de vendas y manteles de hule  
rota de mí desprendida de mí alma mía  
mira la danza de los rotos / mira la espalda pálida de los desprevenidos /  
mira la ciudad plateada / ese extenso pavimento que espera a los gibosos de  
pómulos acorazados, de dedos nerviosos a los hermosos los  
desnudos a las trenzas negras de tus mujeres negras; altas mujeres de  
altas piernas enjuagadas en una palangana.

Conozco esta hora tuya, alma mía  
la espera de esta arena caída te hizo oculta y amarga deforme como esos  
niños criados para el circo; encerrados en un tonel de donde asoman los  
brazos, las piernas, la cabeza rapada y rencorosa  
niños monstruosos de los circos monstruosos  
alma mía ciudad perdida

seres fabulosos viajan en tus carreteras extraños instrumentos se ajustan a  
sus muslos de atletas con mirada aceitosa siguen la pantalla donde el  
oeste es oceánico ocultan el rostro tras un pañuelo que cubrió ya otras  
heridas.

Una cinta de sueño cruza las puertas lacradas, las cúpulas fijas, las zanjas  
verdes de moscas.

A nadie importa que yo hable. A nadie importa una cinta de grave  
pesadilla un poema empieza a escribirse con menos muertos? qué  
hay? la ciudad resplandece? la ciudad se sintetiza en la navaja que  
alguien tira al huir?

Las ventanillas reventadas de los trenes que cruzan los fondos tampoco  
señalaron.

Miramos inútilmente por esa abertura que cae a pico sobre los trajes de  
agobiado casimir.

La luna como otra cáscara flota en los charcos  
suave arrepentida de mí alma mía  
también te mueves en esa agua turbia en ese final de la ciudad.

Los balcones crecen de flores lentas las lámparas queman

su poca fiebre su rara luz hace incierto cada objeto cada boca se contrae en la noche con un quejido que no suena con un agrio escopetazo arrancan los camiones que salen del mercado los cajones de verdura húmeda en la oscuridad tienen esa pena que es mía y de mi alma desolada como un niño viene al mundo con su nuca atravesada de nervios alma mía como ropa que brilla en un interior con sombra todo lo que viene de esta ciudad fantasmagórica te compromete, te imagina,

Seis chinos manejan cuchillos en lo hondo de los restaurantes se tocan peligrosos no hay miedo en la carne de mi alma sólo deslumbramiento y furia. Sobre un fondo de vidrios rojos, un hombre y una mujer se retuercen todavía algo de la piedra que silba en el vello de la noche me marcará suave intranquila mi alma se pierde en esa herida en ese punto pesado de agitación. Ciudad hambrienta la dentadura de tus construcciones come de mis muslos; su transparente media podría forzar la máscara de los tranquilos cinta negra de la pampa fantástica ciudad que amontona revólveres y lupanares ollas al final de la calle donde hierve la espuma espesa de los rostros la tarde huye en las esquinas hay oscuridad y fatiga.

Un niño tiende su cuerpo en la vereda negra. Es un pequeño cuerpo para la bala que lo atraviesa. En los diarios la foto será irónica: frente a las puertas reventadas de una carnicería, entre los vidrios estallados, el cuerpo brilla, pequeño y roto, una tenue flor de sangre tiembla en su boca es un niño que muere en la lente de una cámara.

Hay deslizamiento de correas en los tobillos. Hay perros y alambres. Hay

focos de alto voltaje. Estoy en la ciudad. Camiones y motos cruzan los puentes, impregnan la noche. Se escucha el llanto de los animales en la avenida lejana

mi alma es la sábana que se hunde en las piletas sin pasión tiene párpados inflamados mi alma es mujer que lloró, que se pinta las uñas, tira distraída otro puñado de tierra sobre el cuerpo del hijo

mi alma ahí está pesado rock de los bares

secretos grumos se intercambian entre los vasos sucios empuja los labios rápida mezcla de cerveza y ginebra, envuelta por nuestros dedos que tiemblan.

Envueltos los pies por zapatillas de basquet recordamos el porvenir.

Estamos con la sonrisa del que va a saltar desde la baranda al aire sensual. Estamos borrachos. Azulejos de laboratorio son nuestros dientes en las bocas abiertas.

Alguien dice: *la gente con más emoción está en la cárcel* es la ciudad y vuelan plumas entre los hocicos de los lobos.

## La muerte argentina

eran épocas de símbolos, de tatuajes.

Ya derrotado, ya muerto; su cabeza es cortada, hincada en una pica y exhibida en plaza pública en una ciudad casi asiática.

El paludismo hace crecer flores malsanas.

En los patios los adolescentes se estiran en los mosaicos y buscan con ojos relucientes la humedad

para oprobio de la familia

tres gallinas con las patas atadas mueven sus convulsivas alas, sin sonido agonizan entre plumas sangrantes

para escarmiento de ese pueblo retobado

la cabeza de un hombre enterrada en un clavo, alzada en una caña que la noche hace de bronce, en una plaza mezquina, de rotos arbustos de tristísimas palmeras.

## Cumplo 14 años en marzo del '69

Soñábamos con revólveres y trenes  
distancias donde el océano transpiraba en su mitad.  
El grito eléctrico de la muerte nos conocía entregados, nuestros cuellos de  
cisne acariciaba,  
nuestras camisas de batista bordadas en la noche furiosa.

Nunca fuimos muy jóvenes siempre viejos de mirada raída y  
predestinada.

Cuando nos reuníamos mi madre se asombraba de nuestros cantos tristes de  
pesadilla

esa desesperada construcción de balsas para naufragar

esas maderas llenas de humedad y parásitos que apilábamos en los  
lavaderos

telas ásperas sobre los cuerpos hambrientos sucios de rimel de  
pegoteadas alas de langosta

las uñas con pequeños corazones incrustados corazones fijos y blancos,  
sin latido, en la uña que se extiende en un rojo sin piedad.

Pobres chicos pobres criaturas malolientes  
la fiebre nos abría los labios una y otra vez  
palabras como piedras que brillan en un fondo de agua fría

palidez marihuana arma blanca  
suaves palabras mártires

mandrágora hospital medalla rock  
y baile sin fin en la noche circular

las piernas húmedas y vengativas rozándose y huyendo

la desesperación sus hongos lastimando los dedos de los pies descalzos

las hermanas bailan en apretada figura que se deshace

las cejas anchas un trazo de carbón sobre los ojos claros y peligrosos de  
animal

oh, sí nena, destruyamos todo con nuestros tristes dedos nerviosos

oh, sí nena, la lámpara estallará la luz será como estos peces de la



memoria moviéndose en seda negra

oh, sí nena, bailemos toda la noche bailemos con todos los chicos  
humillados bailemos con los pobres amantes nuestros besos tocados por  
veneno se aprietan a la boca de los actores de teleteatro

los techos de hierro negro aprietan la nuca de nuestro tío que es empleado  
de Aduanas

sus barcos son siluetas que se deshacen en la niebla del riachuelo. Soñamos  
con ese tío deambula entre cajones de whisky su oficina con narcótico  
olor a papeles madera y alcohol una rejilla que mira el río sucio de barcos  
y los ojos del tío penosos de mirar cajas equívocas.

Sí, nena, *la felicidad es un revólver ardiente*

quién nos consuela de este paisaje de familia? Un buen balazo en la nuca de  
nuestro tío podría mejorar algo del mundo quitar de nuestra alma ese viejo  
olor a comida a sustancias y trapos y roperos donde las llaves cuelgan como  
brillantes hombres ahorcados olor a buena familia donde las hijas huyen  
por la ventana del baño.

Con mi mano quiero dar una pequeña herida eterna a este paisaje la  
pequeña herida de la felicidad

del deseo que agita sus vendados pies de geisha

a casa rota hambre de desorden adolescentes borrachos que fuman en  
la puerta de los hoteles

otro mar y otra noche fabulosa

selva y pasión las plantas tentaculares hojas inmensas como mapas  
suaves superficies de un verde nacarado y pulido esa selva como infinitas  
cajas chinas ese bosque que me ocultará me perderá entre sus  
animales hará de mí un grumo poroso para su humedad un silencioso  
cuchillo atado al muslo de la selva cazadora de imágenes desesperadas.

Pronto será marzo del '69

pronto la ciudad mediterránea será atravesada por automóviles incendiados  
pronto en gruesas letras de alquitrán, como una guía fantástica, escribiremos  
los nombres de los buenos y los malos

pronto estaremos en un zanjón los tobillos atados con alambre el rostro  
tristísimo donde los ojos no pueden comprender

sí nena, tu respiración asmática las púas que se entierran con su lento  
rock and roll

el pequeño roce de las balas en el plano inclinado de un pañuelo los  
trenes cargueros que soñábamos asaltar tus noches de maquillaje como  
penosa morfina echada al rostro en los blancos y negros de la pantalla el  
cuerpo lastimado de un hombre que muere en Bolivia

y yo sé más

conozco a un hombre que fue a buscar a su padre. Lo encontró fumando a  
las puertas de un hotel remoto de la selva amazónica; en la noche completa  
de murciélagos, la brasa del cigarro, el calor y la fiebre en los ojos del  
padre, las maderas del techo hinchadas de lluvia y de arañas, el hombre  
parado y fumando en esa puerta bajo un cartel que decía FIN. Ese era el  
nombre del hotel. Eso conozco.

Oh sí, bailemos este rock

dame tu mano de uñas transfiguradas por capas de fino esmalte

dame tu cabello untado de duro spray

y ese tiempo que goteaba como un caño roto el maullido del gato  
encerrado en el último cuarto de nuestro corazón

sobre sábanas húmedas con restos de comida nuestro cuerpo hecho de  
veranos tristes.

El calor asesino, armado de un pañuelo de seda, aprieta la lenta garganta de  
mi adolescencia.

La noche se salpica de plateados insectos

amamos el veneno el áspero lienzo de las túnicas las motos  
atravesando el desierto de los afiches.

Hombres desesperados boxeadores locos golpean la profunda sombra de  
los dormitorios.

Tendré 14 años en marzo del '69 hambre ferocidad las piernas  
tatuadas por los mosquitos del pantano moriremos jóvenes la muerte y  
la belleza tocarán nuestras sienes húmedas los cantores de boleros  
tendrán nuestros nombres entre sus labios gruesos nos consumirá la  
fiebre inyectaremos en nuestras venas delicadas veneno y tango

nuestro corazón dejará de latir como un gato atropellado por un  
automovilista endeudado y borracho

seremos los eternos jóvenes de sonrisas desilusionadas

y pronto será marzo del '69

seremos los adolescentes amargos nuestra frente reventada a culatazos

sin dientes a los 25 años    sin nombres en los sótanos    los cuerpos sin  
sexo    estallados con dinamita en un monte de pinos.

y de nuestras vidas nada entendemos sino las  
mutaciones

mariposas y orugas que se penetran alucinaciones, una segunda piel sin  
poros el aire comprimido de las pesadillas se mueve en nuestros cerebros  
la mirada intranquila al reflejarse en el agua de los sucesos, algo como  
estupor

se empecina en los trenes que emergen del alto terraplén y fugan

yo no sé nada. De nuestras torpezas advierto cómo se nos caen los objetos  
de las manos y el gemido de las blusas que se parten impregna el bajo techo  
de la habitación como un moho.

Uno se creyó con ambigüedad; desamparado y sutil

ahora lo obvio nos hace transpirar las manos

ser vanamente reticentes: «en realidad no comprendo qué pasó»

y el hambre de una felicidad sospechada nos enferma

porque no tuvimos ocasión

porque fuimos tristes desde el comienzo

la verdad era una sustancia más sucia más incompleta porque no dimos  
abasto.



## **DATOS DE LA AUTORA**

Leonor García Hernando (1955-2001)

Integró el Taller Literario Mario Jorge De Lelis, el Grupo Literario Las Cuarenta y en la revista Mascaró tuvo a su cargo las páginas de crítica y publicación de la sección literaria. Publicó los libros de poesía *Mudanzas* (1974), *Negras ropas de mujer* (1987), *La enagua cuelga de un clavo en la pared* (1994), *Tangos del orfanato/Tangos del asesinato* (1999) y *El cansancio de los materiales* (2001). Su obra está inscripta en los hallazgos más viscerales de la historia de nuestra poesía. La oralidad, los cambios de ritmo y la construcción de las imágenes avasallantes dejaron huella en las nuevas generaciones que buscan en su palabra el latido de la Argentina que fue.

# ÍNDICE

(Nº de páginas según libro papel)

## **LA ENAGUA CUELGA.DE UN CLAVO EN LA PARED**

años sin estremecimientos.....	9
¿La lujuria es esta luz.....	10
mujer rebosante.....	12
el mundo se desmorona.....	13
Nadie quiere a nadie.....	14
extraño animal.....	15
descalza.....	16
lisas, remotas y grises.....	18
suave.....	21
Una foto recuerda.....	22
Así, el amante.....	23
He tenido el terror.....	24
Una mujer se quita las ropas.....	25
La palabra está prensada.....	26
ovillada.....	27
Es la grieta.....	29
Un ruido de cortezas.....	31
En los parques.....	33
Vuelvo al pantano.....	35
las palabras aprietan el corazón .....	37

## **LA MUERTE ARGENTINA**

el mal.....	45
-------------	----

Años.....	46
La mujer sufre.....	47
I. así es la fiebre.....	48
II. Miro esos adolescentes.....	49
Las agujas brillan.....	52
la sombra negra.....	53
almacén abrumado.....	55
La muerte argentina.....	58
Cumplo 14 años en marzo del '69.....	59
y de nuestras vidas nada entendemos.....	63

Validación

